

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,
perteneciente al libro "La iglesia niña".**

Máximo el Auténtico

El calor estaba agobiante, más aún subiendo el monte Sinaí a mis 65 años de edad. Y peor todavía, sin saber si encontraría o no a la persona que andaba buscando. Se trataba de un monje llamado Juan, nombre bastante común.

Por suerte, vi venir a alguien bajando, y con atuendo monástico muy parecido al mío. Se me acercó muy amable, y me saludó como Jesús:

-La paz sea contigo, hermano.

Después de contestar su saludo le pregunté directamente por un monje llamado Juan. Se rió y me respondió que conocía a tres con ese nombre y que viven en sendos pequeños monasterios, en diferentes sectores del monte.

Le expliqué que el Juan que yo buscaba es uno que escribió "La escala del Paraíso". Y que justamente lo que yo necesitaba era que me hablara de su obra, pues los que la han leído, o por lo menos han sabido de ella, la han puesto tan bien, que decidí hacer este largo viaje.

-¡Ah! Juan de la Escala. Así lo llamamos -me respondió, al tiempo que me mostraba con su dedo índice un puntito en una de las cumbres cercanas. Una de las más bajas, menos mal.

Le agradecí haberme solucionado un problema. Nos despedimos, y partí por un angosto e intrincado sendero en la dirección indicada.

Una hora después llegué, e hice sonar la campana especialmente dispuesta.

-Buenas tardes. Mi nombre es Máximo -dije al monje que me acogió.

-Muy buenas tardes.

-Busco a Juan de la Escala.

-Yo soy.

-Loado sea Dios.

-¿En qué puedo servirte?

-Estoy interesado en La escala del Paraíso.

Rió de buena gana, me hizo pasar y me ofreció quedarme unos días. De hecho, Juan se sentía bien por tener alguien que lo escuche.

Me asignaron una celda de relativa comodidad. Dejé ahí mis cosas y, la primera actividad fue integrarme a la oración de Vísperas, y después, una comida frugal. Me quedé tres días, durante los cuales conversamos de todo. Primero, de la Escala.

Juan había escrito "La escala del Paraíso" quince años atrás. Cada peldaño de su escala representa un paso concreto del camino del alma hacia la perfección. Al principio está la renuncia al mundo, en varios peldaños, para ir llegando progresivamente a la lucha contra los vicios y al desarrollo de las virtudes. Y en la cima, la unión con Dios por medio del Amor. Es como un libro de oración.

Le hablé un poco de mí, que nací en Constantinopla, que estudié Teología y otras materias, y entré al monasterio no tan joven. Eso fue en el tiempo en que Sabiniano, que después fue patriarca de Roma, tuviera desafortunada actuación frente al patriarca de Constantinopla, quien sólo quería llevarse mejor con Roma. De hecho, yo también soy partidario de tener la mejor relación posible con Roma.

Juan de la Escala me contó que llegó acá muy joven, y ya es abad, y no baja casi nunca al mundo. Así que fui yo el que habló más cosas, para poner al día a Juan con algunos de los acontecimientos que me ha tocado observar. Empecé por lo que para mí es el principio, cuando yo tenía un poco más de veinte años. Le hablé del brevísimo pontificado de Bonifacio el tercero. Mientras, yo tenía un alto cargo como funcionario del emperador bizantino Heraclio. Y dejé todo para ser monje, y nunca me he arrepentido. También llegué a ser abad, más o menos en la época en que empezó a predicar Mahoma. Pero, cuando los sasánidas invadieron gran parte de nuestra península, el monasterio en que yo estaba tuvo que trasladarse a Cartago, a un convento a cargo del abad Sofronio. Me dediqué a estudiar los escritos de Gregorio Nacianceno y de algunos pensadores que admiraban a Platón. Y también a escribir.

-Adopté el modelo de Platón -expliqué-, en el sentido de que el propósito del ser humano es volver a la unidad con Dios.

-Como lo decía Orígenes.

-Sí, como el gran Orígenes, pienso también que la salvación es para todos.

-El hombre -agregué- encuentra su totalidad en sí mismo, al superarse.

-O sea, podría decirse que la encuentro en Jesucristo.

-Bueno, sí, ése es un buen punto de vista.

A continuación le hablé del martirio, o más bien dicho masacre, en el monasterio San Clodio, en León, hace algunos años. Primero mataron al abad Vicente, y después fueron al convento y mataron a su sucesor Ramiro, junto a doce compañeros.

Lamentamos un buen rato eso, en oración. Después le conté que Sofronio fue nombrado patriarca de Constantinopla, y unos años después, los árabes se apoderaron de Jerusalén. Todo esto último, Juan ya lo sabía.

Hasta aquí llegó nuestra conversación del tercer día. A la mañana siguiente, después del Laudes, emprendí el viaje de regreso. Mi aventura estaba terminando de buena manera. La disfruté intensamente.

* * *

Vivo una agonía insufrible. No sé por cuántas horas más, o quizás días, y hasta semanas.

Todo empezó por una controversia teológica, de ésas que dividen con fuerza brutal al pueblo de Dios, y son por eso lamentables en grado sumo. Jesús nos advirtió acerca de esto, alabando a Dios por haber puesto el conocimiento en las almas más sencillas y haberlo negado a los sabios y supuestamente entendidos. Pero, una y otra vez los humanos caemos tropezando en la misma piedra, no sin la presión ejercida por los gobiernos que intentan uniformar el pensamiento.

Desde hace un siglo, por lo menos, ya cayeron en desgracia los que pensaban que la naturaleza divina de Jesús había sido tan fuerte que había dominado a su naturaleza humana, anulándola. Y ahora, han vuelto a la carga diciendo que la naturaleza humana de Jesús no poseía voluntad, ni ninguna clase

de energía para actuar. Eso es algo que no se puede entender bien, pero que choca al entendimiento, pues la voluntad humana de Jesús demostró con hechos ser muy fuerte. En el fondo, aquéllos intentan discernir si acaso podría haber habido conflicto entre lo que Jesús quiere en cuanto hombre, y lo que quiere en cuanto Dios. Para mí, es más fácil entender que Jesús actuaba con su energía humana, privilegiando la conducción según los designios de su voluntad divina.

En ese momento, me fijé la tarea de conversar con los que piensan distinto. En su gran mayoría son personas valiosas, y si están o no equivocadas no lo puedo decidir yo. Lo esencial, para mí, es enseñar lo que he aprendido, y abrirme a lo nuevo, también. El diálogo es lo único constructivo, en este caso.

La iglesia de Roma considera hereje a la iglesia de Constantinopla, y viceversa. Los gobernantes de cada lado intentan conquistar a sus adversarios alineándose con la posición teológica de su patriarca súbdito. Así, el asunto ha trascendido lo pastoral, para convertirse en un problema político. Y dentro de él, la disputa teológica de los patriarcas ha pasado a ser una de las tantas aristas del asunto.

Hubo un patriarca de Roma, llamado Severino, en lucha con el emperador bizantino Heraclio. Duró pocos días el patriarca Severino. Murió cuando ocurría un saqueo en San Juan de Letrán. Poco después, Pirro, patriarca de Constantinopla fue depuesto por motivos políticos, y exiliado en Cartago, donde estaba viviendo yo, como abad de un monasterio. Yo había conocido a Pirro, años atrás, cuando estudiábamos.

Visité a Pirro y le propuse debatir públicamente eso de la voluntad de Jesucristo. Lo programamos para la semana siguiente. Al evento concurrió un gran público. Fue un debate magistral el que tuvimos. Partí diciendo que no tenemos muchas posibilidades de comprender las cosas divinas. Pirro estuvo de acuerdo. De ahí, nos enfrascamos en una conversación constructiva, cada cual defendiendo su posición. Al final, Pirro aceptó lo de las dos voluntades. Terminamos amigos, y decidimos ir a Roma, y hablar con el patriarca, y dejar solucionada la controversia, de una vez por todas. Fuimos juntos, pero no alcanzamos a hacer mucho, pues Pirro se arrepintió de su retractación y volvió a Constantinopla. No supe qué presiones ha debido enfrentar.

Por lo menos, se convocó a un concilio. A poco andar, el patriarca de Roma fue envenenado. Asumió Martín. El concilio siguió su curso. Participé en él. Triunfó la posición de Roma, que también yo he suscrito en todo momento.

Como yo le encontraba la razón a los supuestos adversarios, fui repudiado por los bizantinos. A partir de ese momento yo pasé a ser una especie de traidor a la tierra en que nací.

Pero, ¿cómo? Lo único que no traicioné ni lo haré jamás, es lo que Dios puso en mi corazón.

Me dispuse a mirarme por dentro, con una pregunta: ¿Quién soy yo? Y también, mirarme por fuera, con otra pregunta: ¿Qué es el mundo? Avancé mucho en esta búsqueda y llegué a la conclusión de que las respuestas a esas preguntas siempre serán sólo aproximaciones que ayudan mucho.

Hace nueve años fui apresado, y también lo fue el patriarca Martín, quien quedó primeramente en Constantinopla, y después desterrado. Murió al poco tiempo habiendo sido humillado y torturado.

A mí me llevaron a juicio, o más bien dicho, lo que ellos llaman "juicio", en el cual me condenaron a prisión. Y hace poco, otro juicio similar, como resultado del

cual fui cruelmente torturado. Me cortaron la lengua para que no pudiera hablar, y también me cercenaron la mano derecha para que no pueda escribir. Fue todo muy doloroso, y sigue siéndolo. Fui desterrado a la Cólquida, una tierra con valor mitológico para los griegos.

Y acá estoy, en medio de grandes dolores, con mis heridas infectadas, y alta fiebre. Rezo con el salmo 22, como hacía Jesús en la cruz. No es que Dios nos haya abandonado, sino es una manera de aproximarse al ámbito divino, en medio de la aflicción.

Trato de aprender a escribir con la mano izquierda, pues no quiero que me silencien. Y quiero escribir un testamento espiritual, muy breve, ahora que estoy por acceder al llamado del Padre.